

dioso espectáculo producido por el choque de la fuerza ruda contra el derecho.

Al conquistarse la paz, y cuando como fruto de ella se calmó la persecución que por largo tiempo estuvo desencadenada contra la Iglesia, nuestro Episcopado fué de los elementos más importantes que hubo para afirmarla, porque desde entonces los prelados pudieron con libertad dirigir sus esfuerzos á la moralización de las masas, y por más que hoy estén despojados y empobrecidos, su escaso pan lo parten con todos los necesitados á quienes instruyen en las escuelas, recogen en las casas de beneficencia y consuelan en cada una de sus penas.

El Episcopado propiamente mexicano se inició con el Illmo. Sr. Vázquez, á cuyo patriotismo somos deudores de que se hubiese acelerado la era en que nuestras Sedes Episcopales, alejándose de la tutela española y de su Regalismo, pudieran con mayor firmeza adherirse á la Cátedra de Pedro. Desde entonces hasta hoy ha formado un cuerpo compacto que piensa, habla y obra con el Pontificado Romano. Sin trabas ni dificultades, muy particularmente en estos últimos tiempos, ha podido dirigirse al centro de la verdad para escuchar sus lecciones y recibir la dirección saludable que debía normar su conducta. Lo dicho en nada mengua el mérito del Episcopado de la época colonial que, en general, fué muy notable, ni tampoco que deba considerársele menos unido con Roma; pero tan solo, sí, hay que admirar que los sucesores que ahora ocupan sus Sedes, y que pasan por enmedio de tantas luchas, pudieron igualar su grandeza, y aun alguna vez superarla. Y también debe notar-

se que, quitada la intermediación Real que retardaba la comunicación con Roma, ahora ha podido ser ésta más franca. ¡Bendita Providencia Divina, que así sabes en tus sabias disposiciones y en tus admirables compensaciones encaminarlo todo para la protección y cuidado de la Iglesia Santa!

La piedad y la firmeza no han sido el único patrimonio de nuestro Episcopado. En los mismos días en que con mayor fuerza se le atacaba, dió palmarias pruebas del abundante caudal de ciencia que poseía. Sus "Cartas Pastorales" y todos sus demás escritos son monumentos imperecederos de su ortodoxia al par que de su profundo saber.

Entre los antiguos Obispos mexicanos, un Sr. Vázquez, un Portugal, un Garza y un Munguía; entre los de la época, que podemos llamar media, un Espinosa, un Vereá, un Sollano, un Ormaechea, un Camacho, un Labastida y un Guerra, y entre los actuales, si no temiéramos ofender su modestia, pudiéramos citar muchos nombres de aquellos que, semejantes á los que acabamos de nombrar, no sólo admiran como Apóstoles, como virtuosos y como hombres de administración, sino también como sabios de primer orden científico.

En general, todos nuestros Obispos se distinguen por la piedad, el trabajo y también por el saber. Si hemos citado tan sólo algunos pocos nombres, esto ha sido en fuerza de la brevedad y teniendo en cuenta que en el cielo todas las estrellas son brillantes; pero entre ellas hay algunas que, aun á la simple vista, ostentan mayor luz.

IV

En Junio del año de 1881, un periódico se expresaba en estos términos: "El 7 del corriente pasó á mejor vida el Illmo. Sr. Dr. y Mtro. Don José M^a de Jesús Diez de Sollano y Dávalos, dignísimo Obispo de León, una de las figuras más prominentes del Episcopado en la Iglesia Mexicana y una de las glorias más puras, refulgentes y santas de nuestra desventurada patria. El Illmo. Sr. Sollano, teólogo profundo, filósofo elevado, escritor y publicista insigne, sabio completo y de variada y concienzuda erudición, fué un Obispo modelo, cargado de virtudes, devorado de ardiente celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas; emprendedor y de laboriosidad tan incansable que no cesaba un momento en sus variados trabajos; todo, en fin, para todos en las múltiples tareas de su cargo apostólico. Descanse en paz el ilustre finado, y reciban nuestro dolorido pésame sus deudos y la Diócesi de León, triste grey que huérfana llora sin consuelo la desaparición de su primero y queridísimo Pastor, á quien es deudora de tantos bienes y de glorias tantas. *

* *El Pabellón Mexicano*, que se publicaba en Guadalajara.

Este justo elogio es, á nuestro juicio, un completo y verídico panegírico de quien, como el Sr. Sollano, supo unir el saber con la virtud, distinguiéndose por su ciencia al par que por su santidad, y conquistándose con la primera un lugar prominente entre los sabios, y por la segunda, según lo esperamos, entre los santos.

De su profundo saber y erudición dan testimonio los luminosos escritos que ahora publicamos. Así como durante su vida los púlpitos de los Templos de México y de León, los Seminarios de Morelia, México y León, los diversos Colegios en donde estudió ó desempeñó el magisterio, y la nunca bien llorada Universidad Mexicana, fueron teatros de su ciencia.

De su grande virtud hay monumentos que viven en los corazones de quienes le conocimos y tratamos de cerca, y la gran Capital de la República, la Diócesi de León y el país entero, tuvieron ocasión de contemplar al sacerdote, al párroco y al Obispo que supo llenar por completo su difícil misión. Trece años hace que duerme en el sepulcro, pero son trece años de una ovación que no se ha interrumpido. Su tumba es visitada, venerada y amada de sus diocesanos, que diariamente juzgan como un deber regarla con sus lágrimas. ¡Cuán ciertas son aquellas palabras: *In memoria æterna erit justus!*

Uno de los oradores que estuvieron encargados de hacer su elogio en las honras que se verificaron, promovidas por el "Apostolado de la Oración," propuso con mucha oportunidad como texto de su oración fúnebre el pasaje en donde las Santas Escrituras nos pintan á los hijos de Israel, quienes al volver de la cautividad, y

al tratar de reconstruir las murallas de la Santa Ciudad, necesitaban tener en una mano la espada para pelear contra los enemigos y en la otra el instrumento fabril. Muy adecuada estuvo la aplicación al Illmo. Sr. Sollano, porque su época, particularmente la que abraza el tiempo de su Episcopado, fué de lucha constante y de reconstrucción, y sólo su grande virtud pudo darle valor para hacerse superior á las inmensas dificultades con que tuvo que luchar. Las obras de toda clase que emprendió y llevó á cabo, los estudios que hizo y consignó por escrito, y las virtudes de que constantemente dió ejemplo, aisladamente cada una de estas cosas hubieran sido suficientes para presentarlo grande y rodeado de imperecedera gloria. Pero, cuando reunidas la infatigable laboriosidad, el gran saber y la inquebrantable virtud, forman el pedestal de su gloria, entonces se admira un hombre que ha sido de gigantesca talla. Tal fué, sin duda, el Sr. Sollano.

Si como católico no debemos apartarnos del espíritu de la Iglesia, ni anticipar sus juicios, menos aún podemos ni debemos hacerlo como sacerdote; por consiguiente, al admirar la virtud del Illmo. Sr. Sollano y al referir los hechos de su santidad, lo haremos solamente en el sentido que la misma Iglesia lo autoriza para aquellos héroes á quienes todavía ella no ha sujetado al fallo de sus sabios juicios. Tratamos únicamente de causar edificación; pero nunca de adelantar nada de lo que sólo al sucesor de Pedro toca declarar; por consiguiente, cuanto hoy trace nuestra pluma, con mayor rapidez y con igual gusto lo borraremos mañana si este maestro único é in-

falible de la verdad así lo juzga oportuno, y desde ahora sujetamos nuestro escrito á la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, á la que veneramos y amamos con toda la ternura de nuestro corazón, y á la cual queremos estar unidos con inseparable lazo hasta el postrer instante de nuestra vida.



CAPÍTULO I

NACIMIENTO E INFANCIA DEL ILLMO. SR. SOLLANO.

LA hermosa sierra de Guanajuato, en la falda de una de sus más elevadas montañas, sirve de lecho á la pintoresca ciudad de San Miguel, antes apellidado el Grande, y ahora de Allende, en honor de uno de los primeros y más fogosos campeones de la Independencia. Poco acordes han andado los historiadores con relación á la época de la fundación de esta ciudad, queriendo los unos que se haya realizado en 1560 por el Virrey Don Luis de Velasco I, y atestiguan los otros, que siendo guardián del convento de Franciscanos de Acámbaro el P. Fr. Juan de San Miguel, trazó en 1542 el pueblo y construyó la primera Iglesia. El P. Beaumont, cronista de la Provincia Franciscana de Michoacán, concuerda ambas opiniones asegurando que el Padre San Miguel fué el fundador de la población indígena, la que gradualmente progresó hasta el año de 1555, en que el Virrey Velasco le concedió el título de Villa. Quien haya visitado á San Miguel habrá, como nosotros, podido notar el lugar que, designado con el nombre de "San Miguel Vie-

nocidos; muchos, por la pobre forma tipográfica con que estaban revestidos, se hayan visto con desprecio, y un crecido número, por todas estas causas, haya ido á parar hasta servir de humilde envoltura en la tienda de algún especiero.

Para nuestra historia eclesiástica hoy viene iniciándose una nueva era á cuyo frente se distingue al Sr. Canónigo Vera que, con inmenso trabajo y con una constancia que causa envidia, ha sabido sacar á luz grandes tesoros que pronto, sin él, hubieran al fin desaparecido para siempre. Cooperar á este movimiento en la forma que á cada uno le sea dable, es, no tan sólo conveniente, sino aun parece que importa un imperioso deber. Procuremos, para la generación que nos siga, los elementos que á la nuestra han faltado. Hagamos con ella lo que hacen los padres de familia que son ricos y cariñosos: dejémosle una abundante herencia, para que de este modo al recordarnos lo haga con gratitud.

Con respecto á las producciones de nuestros Obispos, el primero, que por lo menos sepamos que las editó, aunque sólo haya sido en parte, fué el Illmo. Sr. Portugal, de quien conocemos su "Explicación del Símbolo." Sucesor suyo fué el Illmo. Sr. Munguía, que también escribió mucho y lo publicó en diversos tiempos, compilándolo después en sus "Obras completas." Actualmente, el castizo y elegante escritor que gobierna la diócesis del Potosí ha coleccionado sus "Obras Pastorales y Orationarias," logrando de este modo que unas y otras se preserven de los inconvenientes que poco ha señalábamos.

Los Prelados que acabamos de mencionar pudieron,

durante su vida, hacer tan importantes compilaciones; pero otros no lo lograron por más que lo desearon. El Illmo. Sr. Garza, estando desterrado en la Habana, llegó á pensar en hacerla, según se colige de lo que con fecha 12 de Marzo de 1861 escribía al Sr. Sollano. He aquí sus palabras: "Me acuerdo del pensamiento de Ud., sobre que se hiciera una colección de mis Pastorales y Circulares. Pues lo que no hice antes quiero que de algún modo se haga ahora, y estimaré á Ud. que, sueltos, sin encuadernar de nuevo, me mande un ejemplar de todas mis pastorales, opúsculos, providencias diocesanas, etc." ¡Muy de lamentarse es que no haya tenido tiempo aquel santo y sabio Prelado para cumplir ese propósito, porque así se privó la Iglesia Mexicana de un hermoso tesoro!

Después de muerto el Illmo. Sr. Camacho, que no sin razón era llamado por la profundidad de su saber "el maestro de los Obispos," el Sr. Lic. D. Remigio Tovar reunió todas sus Pastorales y Edictos diocesanos, y haciéndolos preceder de una muy bien escrita biografía, los publicó, dedicándolos al venerable clero de Querétaro. De este modo se ha logrado que aquellos preciosos escritos formen una importante colección.

Trece años hace que el Illmo. Sr. Sollano falleció, y poco tiempo antes quiso reunir todos sus diversos escritos, formando con ellos una colección de sus obras. Recordamos aún haberle servido de amanuense y de intermediario para tratar con un editor europeo de la publicación de sus "Obras completas." Desgraciadamente no le alcanzó la vida para realizar su propósito, y ahora la gra-

titud viene á emprender tan ardua tarea, impulsada por dos móviles: el cariño al ilustre autor y el deseo de servir á la Iglesia y á la Patria. El primero nos impulsa á procurar que el Sr. Sollano sobreviva por medio de la publicidad de sus escritos; el segundo, á presentarle tesoros de teología y literatura, que fueron el trabajo producido por un distinguido Obispo, á la vez que ilustre patricio. ¡Ojalá y que en esta vez logremos ver coronados nuestros más ardientes deseos!

III

Uno de nuestros más distinguidos bibliógrafos, al escribir un prólogo para cierta publicación que llevó á cabo no ha muchos años un querido amigo nuestro, señalaba la conveniencia que había para que al publicar algún trabajo literario se diesen antes noticias de su autor. Razon tiene, en nuestro concepto, porque esas noticias no sólo hacen estimar al autor, cuyas obras se editan, sino que también sirven mucho para valorizar en su justo precio el mérito de sus escritos, y eso es tanto más importante, cuando se trata de personas que ya han fallecido, cuanto á que entonces se tiene mayor libertad para escribir su historia, y ésta juntamente con sus trabajos, los hacen revivir.

Al darse á luz ó coleccionarse algunos escritos, si su autor ha desempeñado puestos importantes, y en ellos ha manifestádose digno de aquella elevación, auméntase entonces el interés de conocer los hechos de su vida íntima. Este conocimiento en algunas veces se hace hasta indispensable para poder dar el verdadero valor á sus producciones, porque solo así podrán apreciarse las razones que tuvo para expresarse en los términos en que lo hizo,

y los motivos que lo impulsaron á manifestar en determinado sentido sus opiniones. Á lo dicho puede aún añadirse, que cuando se trata de un Obispo, no hay que considerar en él tan sólo al maestro que ejerce el magisterio con la palabra ó por medio de la pluma, supuesto que su misión se hace extensiva también á enseñar con su ejemplo.

Que quien publica sus propios escritos cuando aún vive, nada diga directamente de su persona, es cosa natural, pues ridículo fuera que él mismo fuese su propio biógrafo; pero, tratándose de personas que ya duermen en el sepulcro, y que por lo mismo no hay temor de ofender su modestia, se hagan objeto de ocupar á alguno que narre sus hechos, y que los dé á luz, esto no sólo es natural sino conveniente.

Todas estas razones son las que hoy nos obligan á reanudar un trabajo que hace algunos años emprendimos, redactándolo en diversa forma. Entonces con los apuntes biográficos del Illmo. Sr. Sollano, quisimos intercalar sus escritos, y á esto nos movieron circunstancias especiales que aun hoy nos parecen justas. Ahora, razones no menos atendibles nos impulsan á publicar primero sus cartas pastorales; en seguida, sus estudios teológicos; á continuación, sus sermones, que ya fueron impresos, luego sus sermones inéditos, y al fin, sus otros discursos y trabajos literarios. Pero todo esto precedido de algunos apuntes biográficos, que hagan conocer al estudiante, al sacerdote, al párroco y al obispo. Estos apuntes, sin más pretensión que la de dar á conocer algunas intimidades, y de suministrar datos para la historia eclesiástica de nuestro

país en el período de la vida del Illmo. Sr. Sollano, nos dejarán satisfechos, si la benevolencia de los lectores sabe disculpar las faltas de quien solo por un deber sagrado de gratitud empuña la pluma, con la torpeza propia de quien poco la ha manejado.